

LA EXCELENCIA DE UNA VIDA LA LUZ DE LA FE

1. La vida es más grande que nosotros

Nuestra vida, con sus mil y una nimiedades, preocupaciones, proyectos, tristezas y alegrías... es más grande que nosotros mismos. Cada uno de nosotros somos los protagonistas de nuestra vida, sus verdaderos actores. Y nos encontramos como en la puesta en escena de una obra de teatro, representando un papel que no conocemos, que no hemos ensayado antes, que no sabemos dónde nos conduce, que es más grande que nosotros mismos, impelidos a obrar sin todavía saber bien.

La vida, nuestra vida, tendemos a controlarla, a domesticarla, a que no se nos escape ni nos depare sorpresas imprevistas y desagradables que compliquen la existencia. Como un niño con sus juguetes o con sus amigos, todo lo queremos tener bajo control, de todo queremos probar su peso, su sabor. La familia, nuestras amistades, el matrimonio, los hijos, el trabajo... todo lo queremos tener bajo control. Y todo, debemos reconocerlo, se nos escapa de nuestras manos. El trabajo no va por los derroteros que nos habíamos prefigurado, el matrimonio nos sorprende con sus aristas, los hijos nos preocupan y llegamos a convencernos de que no son marionetas en nuestras manos, una enfermedad a deshora, y toda enfermedad lo es, nos descabala planes, la muerte de un amigo, de un familiar nos hace tomar conciencia de que nuestro límite...

La vida nos va poco a poco educando, y en sus sorpresas nos va mostrando algo importante: ella es más grande que mis proyectos, que mis planes. Reconozcámoslo: qué pequeña y mezquina nos figuramos la vida, nuestra vida. Casi si hasta hemos eliminado la capacidad de sorpresa, porque ni la esperamos.

¿Con qué luz la conducimos? ¿Hacia dónde queremos y sabemos llevar esta barca que navega en un mar donde desconocemos las rutas y senderos?

La luz nos viene de los encuentros que jalonan nuestra existencia. Solos, nosotros solos, poco llegamos a iluminar. Son otros, los encuentros con otros, lo que nos abren horizontes nuevos, rutas precisas y entusiasmantes. Otros nos descubren algo esencial: hay alguien que nos precede. No todo lo pongo yo. Entro en una historia, con una genealogía. Y en el origen de mi vida se encuentra un acto de amor. Existo porque mis padres se amaron.

Comienza ahora a prender una luz en este océano oscuro. Si repaso mi vida, los momentos en los que he visto algo, en los que la luz ha brillado, he de reconocer que estos momentos han sido en el encuentro con otros. Porque este encuentro me desveló una promesa, algo atrayente: vivir la amistad en la familia, con los amigos en la escuela, con el cónyuge, con los hijos, con otros amigos compartiendo el gozo de construir una familia. Encuentros que en su origen estaban cargados de esperanza y de promesas.

¿Podría pretender “probar”, “experimentar” esa promesa antes de embarcarme? Pero la promesa es eso, una promesa. No la tengo ya. ¡Qué tensión tantas veces ante ese paso a dar, cuando atraído por la sorpresa y la bondad de lo que se me prometía, debía yo dar un paso y comenzar un diálogo, o invitar al cine, o introducirme en un grupo de amigos! Tantos hoy quieren experimentarlo todo, probarlo, para ver si merece la pena y embarcarse. Ese vizio que se arrastra de cuando niño, y que no se ha conseguido extirpar: experimentarlo todo por mí mismo, estar seguro de todo. ¿Acaso no anula el

amor? Porque se trata de experimentar que coincide con la idea que me he hecho. Y ya estoy de nuevo empujando la vida.

En cada encuentro se me pedía la fe. Abrirme a algo más grande que mí mismo y que se me revelaba incipientemente. Creer en mis padres, en mis amigos, en el cónyuge, en los hijos... porque ellos me revelaban algo más grande, una nueva posibilidad, un nuevo horizonte donde vivir en plenitud.

Cada uno de nosotros somos lo que han sido y son los encuentros con las personas, y las amistades que se forjaron. Porque la fe que pedían nos hizo crecer.

2. El encuentro con Cristo

Pero en todos esos encuentros Otro se encontraba con nosotros. Alguien desbordaba la bondad y belleza que nos atraía y seducía. Porque en ellos se nos hizo cercano Jesús, el Hijo de Dios. Y así llegó a nosotros, siempre en la Iglesia, el Señor, encontrándose con nuestra pequeñez y abriendo horizontes nuevos.

Un encuentro del todo singular, porque se trata ahora de Alguien que nos ofrece no una posibilidad más, un sentido más o menos atractivo, sino el sentido último y definitivo. En el encuentro con Él comprendemos hasta dónde nuestra vida puede llegar: hasta la medida de todo un Dios. Y Él me pide la fe: que crea en Él.

¿Cómo podríamos explicar los rasgos de esta fe? Nos ayudará verla en algunas personas.

-La fe es la respuesta a una promesa. En Abraham lo vemos bien, ya que él creyó contra toda esperanza. Se le prometió algo: una descendencia, cuando humanamente no tenía sentido. La fe siempre promete, algo que humanamente carece de viabilidad, porque lo humano se muestra impotente para producirlo.

-La fe es el inicio de un camino. En María aparece un acto de fe a un proyecto de Dios que no comprende en todos sus detalles. Dios le dice lo esencial. Y le pide la fe. Con Ella comienza la gran peregrinación de la fe. Como tampoco es claro para mí los detalles de lo que implica la fe.

-La fe se refiere no ha ideas o conceptos, sino a una Persona. Con Marta y María, hundidas por su hermano muerto, comprendemos que nuestra fe se refiere directamente a la Persona de Jesús: "Sí yo sé que resucitará el último día. «Yo soy la resurrección y la vida. ¿Crees esto tú?»" (Jn 11). En Cristo se condensa todo el contenido de nuestra fe, y en Él adquiere su sentido: no se trata de adherirse a dogmas, sino a una Persona viva.

-La fe se da en la mediación de la Iglesia, pues ninguno de nosotros hemos conocido a Jesús. Es en Tomás Apóstol donde aprendemos a fiarnos de nuestros hermanos. Defraudado y asqueado, abandona la comunidad, y no se fía de la palabra que le dicen sus hermanos. Su mal no estaba en no creer en la resurrección, ya que se entiende que supusiese para él una dificultad enorme. Su mal estuvo en no fiarse del testimonio de quien lo vio.

-La fe es un don. En Nicodemo comprendemos que el Espíritu sopla donde quiere. No basta ver. También los fariseos vieron los milagros. Porque nuestros ojos solo ven lo exterior, y a nuestra razón se le escapa lo esencial.

3. ¿Qué nos desvela el encuentro con Cristo?

Su misterio. El misterio del amor del Padre que lo ha engendrado en la eternidad y le ha dado una misión: salvarnos, hacernos como Él, para que vivamos en la eternidad con Él.

Así, en Cristo, encontramos el misterio de nuestra vida.

Ahora entendemos cuánto de grande es la vida, mucho más de lo que me podía figurar.

Porque entiendo que hay un Amor que me precede. No solo el de mis padres. Mi genealogía es de más alta alcornia. Y llega hasta la paternidad de Dios. Existo porque Dios me ha amado. Existo porque Dios me ha llamado a la existencia. Venimos de un amor y nos dirigimos a un amor. Y en el camino somos acompañados por Cristo, buen samaritano, que bien sabe hacerse cargo de nuestra existencia tan vapuleada.

La fe me revela mi vocación y mi misión en la vida. Ahora las preguntas sobre el sentido de esta vida maravillosa y compleja, gozosa y llena de dificultades, comienzan a encontrar una respuesta serena y sencilla. En el encuentro con Cristo se me desvela una luz nueva para entenderme: la pequeñez de mi vida comienza a encontrar su lugar y su color: el trabajo, las amistades, los dolores, la familia... todo comienza a llenarse de un sentido, de una eternidad.

Veo con una luz nueva. Una luz que ilumina lo concreto, lo cotidiano, las relaciones sencillas y humanas en las que encuentro tantas alegrías y tantas penas. Pero una luz que no controlo, porque no puedo probarla. Veo, pero sin poder probar, sin poder experimentar, sin poder aferrar: veo en la oscuridad. Mi razón ve, porque soy yo el que ve, pero permanece como espesa cuando quiere explicar.

4. ¿La fe o la prueba?

¡Cuántos de nuestros amigos nos llaman crédulos! Nuestra sociedad, siempre tan afanosa por probar todo, no entiende el valor de fiarse. ¿Por qué? Una razón esencial: creer nos hace perder el control de nuestra vida. Porque nos ponemos en manos de Otro, que ahora nos acompaña en nuestro destino. Y perder el control... no es sencillo. Al fin y al cabo pensamos que por nosotros mismos podremos llevar adelante nuestra vida con sus mil afanes...

También Jesús se dirige a cada hombre hoy y le dice las mismas palabras que a Marta y María: “Yo soy la resurrección. El que cree en mí no morirá... ¿crees esto tú?”. Nuestro acto de fe ha sido conquistado por el amor de Cristo. Quizá nos cueste entender las razones de porqué creemos. Pero ante Cristo Jesús, su predicación, su vida, sus milagros, el testimonio de su muerte, como Tomás, cada uno de nosotros exclama “Señor mío y Dios mío”. ¿Por qué? Porque solo el amor es digno de fe. He aquí el motivo último de porqué creemos: por la autoridad del amor de Cristo, por la grandeza del amor de Cristo. En los milagros de Jesús, en el perdón que ha ofrecido, en su forma como ha tratado a las personas... se nos desvela su misterio, “vemos” con una luz nueva cómo en Él se realiza el sentido de toda la creación. Es entonces cuando podemos “reconocer” en Jesús al Hijo de Dios. Hoy, que basta un simple libro lleno de invenciones como el Código da Vinci para que muchos duden, es necesario preguntarse sobre el fundamento de mi fe. ¿Quiénes son los crédulos?

Reconocer. Como una esposa reconoce a su esposo cuando le llama desde un viaje lejano. Como un hijo reconoce a su padre. Como una madre reconoce a su hijo... Reconocer. Es un acto formidable, porque en él se da una intuición posible por el amor. Una intuición difícil de probar, pero certera.

Crear es un acto sintético, porque nos permite reconocer a Jesús en los signos que nos ofrece. Reconocer algo que es más grande que el signo, que lo desborda. El signo de su humanidad, de su obrar... Encierra un misterio. El misterio de nuestra vida.

Y reconociendo a Jesús, me reconozco a mí en Él. Porque en Él soy amado por el Padre. En Él soy llamado a la existencia. En Él camino la vida cotidiana desarrollando mi misión. En Él estoy destinado a gozar de la plenitud que Él goza. Como Él, yo. Donde Él, yo.

La luz que veo es una luz que me descubre como todo lo mío en Él es salvado. Todo: mi trabajo, mis dificultades, mis miserias, mis amistades, mis amores, mi familia. Todo en Él permanece.

5. Misterium fidei

Así decimos justo después de la consagración. Ante el milagro de su presencia entre nosotros, “creo Señor”, aunque no veo, aunque no siento, aunque mi razón no logra

explicárselo. Pero me fío de ti, que has dicho “Esto se mi Cuerpo”. Creo, porque tú lo has dicho. Creo, porque la Iglesia me lo trasmite. Creo, y no podría dejar de creerte. Si Tú fuiste capaz de crear todo este mundo maravilloso de la nada, con más razón eres capaz de hacerte presente, todo Tú, en la apariencia del pan. Creo, y aunque surgen diez mil dificultades, no tengo ni una duda de que tú estás. Porque Tú eres digno de fe.

En la Eucaristía entendemos lo que es la excelencia de una vida: porque se nos da el anticipo de la vida eterna: la comunión con Jesús. Ahora en el signo eucarístico. Entonces en la inmediatez del Don total.

6. Conclusión. Solo el amor es digno de fe, y en Cristo hemos encontrado el amor más grande. Permanece una oscuridad. Pero tenemos una luz nueva. Una luz que nos descubre la grandeza de nuestra vida. Es mucho más grande de lo que yo me pensaba. La grandeza de mi vocación. Desborda mis proyectos. La grandeza de mi misión. En mi quehacer cotidiano Dios quiere transmitir algo esencial.

La excelencia de la vida es apreciada desde la luz de la fe. Porque esto es la fe: una luz maravillosa que nos permite ser verdaderos actores en el gran teatro de este mundo.

1. ¿Por qué la excelencia de una vida implica la fe?
2. Señala la importancia de la fe humana en la vida cotidiana y explica su racionalidad
3. ¿Qué luces humanas encuentras en el camino de tu vida?
4. ¿En qué manera la fe es una luz y qué ilumina de tu vida?
5. Comenta “Diez mil dificultades no hacen una duda”
6. ¿Podrías concebir una fe sin la Iglesia?
7. ¿Por qué la fe nace siempre de un encuentro?